

¿Qué diría Freud sobre la Venezuela de hoy? Revisitando *El malestar en la cultura*

Daniel Benveniste

Traducción de Adriana Prengler

Resumen

A medida que Venezuela cae cada vez más profundamente en la crisis social, política y económica, la psicología de los individuos se quebranta y descubrimos a la gente comportándose de manera sorprendente. ¿Cuáles discernimientos pudiera Sigmund Freud compartir con nosotros en este momento de crisis? Nadie sabe. El murió en 1939, pero en 1929 escribió el libro titulado *El malestar en la cultura* y en 1933, *¿Por qué la guerra?*, textos que contienen algunos pensamientos que quizás valga la pena visitar en estos tiempos de crisis.

En el verano de 1929 Sigmund Freud se encontraba con su familia en Berchtesgaden, uno de sus lugares vacacionales favoritos en Alemania. Tenía 73 años de edad y sufría dolores y molestias debido a su cáncer de mandíbula, pero su mente se mantenía aún muy activa. Mientras sus nietos jugaban en los bosques circundantes, Freud escribía uno de sus libros más significativos: *El malestar en la cultura*, en el que tejó conjuntamente varios hilos de su sistema psicológico, para llegar a una serie de especulaciones sobre la religión, la evolución cultural, la guerra y la violencia. Fue escrito a medio camino entre las dos guerras mundiales, y enviado al editor una semana después de ocurrida la quiebra de las acciones de la bolsa de Nueva York. Aunque el libro se escribió hace 74 años, es, desgraciadamente, una vez más muy oportuno. Está pleno de ricas ideas que justifican un estudio serio, pero en este breve artículo, llamaré simplemente la atención de unos pocos temas y pensamientos que parecen particularmente pertinentes en la Venezuela de hoy.

Freud describe al ser humano como una criatura que busca el placer y sufre al encontrar frustrados sus esfuerzos. Nuestras fuentes de sufrimiento son “la hiperpotencia de la naturaleza, la fragilidad de nuestro cuerpo y la insuficiencia de las normas que regulan los vínculos recíprocos entre los hombres en la familia, el Estado y la Sociedad” (Freud, 1930, 85). Freud afirma que la civilización surgió como un esfuerzo de dominar la naturaleza para que le sea útil al hombre, así como para proteger a la humanidad de las fuerzas de la naturaleza que le amenazan.

Sostuvo que hay dos instintos básicos, que en el curso de la crianza de los niños deben limitarse, controlarse, canalizarse y sublimarse, para que sea posible que el niño pueda socializarse. Si los instintos no se controlan, su expresión libre llega a ser una fuerza que daña tanto a la cultura como al individuo. Freud describió estos dos instintos primarios como Eros, el instinto para preservar la vida y unir a las personas en grupos cada vez más grandes, y Tánatos, el instinto de muerte - el que disuelve esas unidades y los vuelve a su estado inorgánico. El instinto de muerte, a veces denominado “instinto agresivo” o “instinto destructivo”, se distingue de Eros o “instinto libidinal”.

La evolución de la civilización se basa en la lucha entre Eros y Tánatos y en el correspondiente establecimiento de leyes, rituales y otras estructuras sociales que inhiben, manejan y regulan la expresión de esos instintos. Las estructuras sociales -desde los diez mandamientos, pasando por los contratos conyugales y los derechos a la propiedad privada, hasta las constituciones de los gobiernos- todos ellos apuntan a regular los instintos del individuo con relación a las necesidades del grupo, o los derechos del individuo con relación a la libertad del grupo.

Freud describió la manera en que las restricciones culturales de la libido canalizan una porción del amor genital en relaciones “maritales”, y más aun, transforman una parte de ello en “amor de meta inhibida”, que posibilita las amistades y la fraternidad. El instinto de muerte surge como una agresión hacia la civilización por haber restringido la libre expresión tanto del amor como la agresión. Freud observó los terribles desastres creados por la humanidad a través de la historia, incluso las atrocidades de la Primera Guerra Mundial que, en aquel momento, se mantenían aún frescas en la memoria de todos. También comentó lo que él denominó “el narcisismo de las pequeñas diferencias”, o la tendencia que tienen algunas comunidades con territorios limítrofes, o que mantienen algún tipo de relación cercana, de agrupar estos grupos como blanco para ser ridiculizados o como víctimas de burlas y segregación. Para ilustrar esto hizo notar las actitudes entre los españoles y portugueses, los alemanes del norte y los alemanes del sur, el inglés y el escocés, y aseveró que

los judíos han sido históricamente objeto de odio por muchos grupos. Se preguntó además por el experimento soviético, en aquella época novedoso, que había compensado su sueño de igualdad social con la persecución del burgués. Y comentó: “Uno no puede menos que preguntarse, con preocupación, qué harán los soviets, después que hayan liquidado a sus burgueses” (Freud, 1930, 111), a partir de lo cual se cuestiona acerca de otros esfuerzos mal orientados de la civilización para aliviar el sufrimiento mediante reformas de Estado que tienen por finalidad controlar a las masas.

Freud apunta luego a la manera en que la civilización restringe y encamina la expresión de los instintos a través de las autoridades externas (padres) y la manera en que más tarde se establece un “representante cultural” intrapsíquico: el Superyo para mantener las prohibiciones. Así, la renuncia a la pulsión aparece inicialmente porque el niño teme el castigo de la autoridad externa, y los temores posteriores se apoyan sobre su propia conciencia. Inicialmente el padre limita al niño y posteriormente el niño se limita a sí mismo en el nombre del padre.

Freud observó algunos problemas que surgen a partir de la crianza que se lleva a cabo con estrategias excesivamente estrictas o excesivamente indulgentes. Por una parte, demasiada frustración y falta de amor disminuyen la tensión entre el Yo y el Superyo, permitiendo que la agresión del Ello pueda ser expresada libremente en el mundo exterior, pero por otra, demasiado amor y ninguna frustración proporcionan dificultades para expresar la agresión, la cual se torna hacia adentro en la forma de un Superyo excesivamente severo (1930). En otras palabras, cuando los instintos agresivos son inhibidos en el niño, pero no existe calidez, expresiones de amor, ni oportunidad para identificarse con el padre, el niño es incapaz de internalizar la inhibición (la ley, el límite, la norma). Así, el Superyo (la conciencia y la estructura social) parece estar ausente, débil o quebradizo. Consecuentemente, cuando los límites externos están ausentes o las autoridades externas otorgan permiso, la gente con un Superyo débil, ausente o quebradizo, se siente ansiosa por actuar violentamente. No funciona su propio control interior para refrenarse. Por el contrario, cuando hay pocos límites y un exceso de amor, el niño internaliza un fuerte Superyo, cayendo víctima de un sentido excesivo de culpa y restricción personal. El punto medio es lo que llamaría un niño criado por padres que impartieron límites con amor, lo que daría lugar a una persona capaz de manejar sus impulsos agresivos y amorosos de manera que lo satisfagan en lo personal, y que a la vez sea socialmente aceptable, sin que se requiera la puesta de límites externos, y sin que aparezcan sentimientos de culpa opresivos.

Cuando en 2003, la autoridad externa en Venezuela queda cuestionada, advertimos cómo hay quienes aprovechan la oportunidad y realizan actos que son, de manera evidente, desconsideradamente agresivos, violentos y corruptos, ignorando las estructuras sociales de la conducta civilizada. Otros, sin embargo, en ausencia de autoridad externa, utilizan su propia autoridad interna (la conciencia, su Superyo) y muestran la conducta de mayor cortesía que hemos visto en años. También los oímos declarar verbalmente su lealtad a las estructuras políticas, aquellas cuya presencia era tan obvia, que habían sido ignoradas y prácticamente olvidadas.

En 1932 Albert Einstein invitó a Freud a un intercambio de cartas sobre el tema: ¿por qué la guerra? Freud aceptó la invitación y el intercambio de cartas de ambos genios fue publicado en un pequeño libro. Freud (1933,189), en su carta, discutió el instinto de muerte y la cultura como medios de manejar dicho instinto con un sistema de leyes y estructuras sociales. Explicó que originalmente el orden era mantenido a través de la violencia, pero que a través de la evolución cultural, se produjo “el doblegamiento de la violencia mediante el recurso de transferir el poder a una unidad mayor que se mantiene cohesionada por ligazones de sentimiento entre sus miembros”. Sin embargo, el instinto de muerte persiste y donde no está contenido por las estructuras sociales, emerge una y otra vez en los movimientos políticos que prometen liberación y sólo traen destrucción. Freud (1933,195) escribió: “También los bolcheviques esperan hacer desaparecer la agresión entre los hombres asegurándoles la satisfacción de sus necesidades materiales y, en lo demás, estableciendo la igualdad entre los participantes de la comunidad. Yo lo considero una ilusión. Por ahora ponen el máximo cuidado en su armamento, y el odio a los extraños no es el menos intenso de los motivos con que promueven la cohesión de sus seguidores”.

Como conclusión de sus observaciones Freud (1933, 198) afirmó que realmente no resultaba muy fructífero visitar un teórico como él mismo, en presencia de un problema práctico urgente y que sería mejor enfrentar el problema con cualquier arma que se tenga a mano. Sin embargo sostuvo que cualquier cosa que aliente el fortalecimiento de lazos emocionales entre los hombres y “promueva el desarrollo de la cultura, trabaja también contra la guerra”.

Referencias

Freud, S. (1930). *El malestar en la cultura*. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu, XXI:111.

_____ (1933). *¿Por qué la guerra?*. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu, XII: 189.

Summary

Civilization and its Discontents Revisited:

What might Freud say about Venezuela today?

As Venezuela falls deeper and deeper into social, political and economic crisis the psychology of each individual is disrupted and we discover people behaving in ways that surprise us. What insights might Sigmund Freud share with us in this moment of crisis? No one knows. He died in 1939 but in 1929 he wrote a book entitled *Civilization and Its Discontents*, and in 1933 *Why War?* which contain some insights that might be worth revisiting in this time of crisis.
